

RÍO ARRIBA, novela, por *Alfredo Pareja y Diez-Canseco*.

Ignoro qué situación tiene el señor Pareja y Diez-Canseco dentro de la literatura actual del Ecuador; pero al juzgar ecuanímente su novela (1), llegamos a la conclusión de que no debe de ser muy airosa. Si este autor tiene gran predicamento allá, quiere decir que el *statu quo* de la novela ecuatoriana es decididamente bajo. Si no lo tiene, paradójicamente, el género novelístico allá está abocado a resurgimiento. Un desconocimiento más o menos considerable de la producción de aquel país—por la falta completa de publicaciones y bibliografía—nos lleva a hacer esta arriesgada suposición. Pues si apenas aquí, a muchos dar, se conocen tres o cuatro nombres de autores nuevos de las riberas del Guayas, entre ellos el de Hugo Mayo y el del excelente poeta y haikaisa Jorge Carrera Andrade.

Esta novela de Pareja y Diez-Canseco es una obra truculenta en cuanto a novela y mal lograda en cuanto a obra. Toda ella está escrita en tiempo presente, lo que le da un cariz autobiográfico y, lo que es peor, da margen a reflexiones filosóficas cual de todas más quisicósicas. Llega un momento en que no sabemos si es el diario íntimo de un neurasténico grafómano, o es la obra de un humorista fallido y fallecido: las dos últimas líneas del libro dicen:

«Me había quedado muerto, profundamente muerto».

(1) Editorial Talleres Gráficos. Guayaquil. Ecuador, 1931. Otras dos novelas anteriores del mismo autor: *La casa de los locos* y *La Señorita Ecuador*.

La verdad es que desde las primeras páginas desconcierta. No hay acción novelesca sino después de treinta páginas. Eso no sería nada si entráramos ya en una trama dramática; pero sólo sigue un simple diálogo entre el protagonista y un amigo, Luis, que es todas estas cosas: estudiante de sexto año de medicina, escritor, crítico, conocedor de psicología, psicopatías (los plurales y enumeración son del novelista) psicoanálisis, metapsíquicas, filosofías, neuropatías, sexuologías, (sic...), y que al fin y a la postre (página 65) resulta un degenerado con estigma alcohólico. Se dedica a beber a menudo. ¿Es posible que una persona así tarada tenga aptitudes para dominar tantas *ías*?

Lo que más resalta en esta obra, desde las primeras páginas, es lo acentuado de ciertos rasgos naturalistas. Queriendo ironizar y penetrar el sentido de la realidad, este autor no hace sino rasar muy bajo y mantenerse *terre-a-terre* siempre. Su naturalismo, sin embargo, sería soportable, por lo gráfico, cuando describe y dice, por ejemplo: «El lavabo, al frente, era la única nota alegre de mi cuarto. Quizás también la bacinilla pegada al suelo como un brochazo de pintor vanguardista» (Pág. 10). Pero no puede sufrirse, en cambio, que el autor para dar cuenta de una crisis de neurastenia llegue al extremo de la vulgaridad—incluso el disparate de un cerebro que «tiembla»—como en lo siguiente: «Se va a prender un cigarrillo y tiembla la mano. Se quiere caminar lento y los pasos resultan precipitados. Se desea pensar y tiembla (!) el cerebro.

La boca está amarga, pastosa la lengua, hundidos y morados los cercos de los ojos. Sobre las orejas pesa el cabello. *Hay ganas de acomodarse aunque sea los calzoncillos*. (Pág. 28). ¿Es esto humorismo? Difícilmente. Naturalismo, acaso. Esta obra, podría ya decirse, es una novela naturalista... pero sin novela. Y así sigue ello hasta el final. Dos páginas más adelante esta obsesión reaparece. El protagonista marcha por la calle y se preocupa de una serie de minuciosidades: «El extremo de lata del cordón de mi zapato golpeaba el pavimento con un ruido machacón que llegó a serme intolerable. Al pantalón se le había ocurrido no caer del todo bien y se quedaba abombado por delante, cogido entre la pierna y la *lengüeta* del calzado. Las llaves sonaban mezclándose al tintineo de las pocas monedas que llevaba encima».

No quisiéramos ser tan severos con esta obrita que, a pesar de todo, tiene fugaces rasgos de talento. Pero hay que decir la verdad. Todo su naturalismo, como salsa reactiva para paladares literarios estragados por exceso de manjares impresionistas y suprarrealistas, estaría bien, siempre que más allá de eso hubiera novela. Pero la acción aquí queda sepultada a cada página en un cúmulo de observaciones de todo género, entre sesudas y pedantes, entre perogrullescas y ramongomerzsernianas. Y lo que es peor aun, casi todas en boca del autor.

Y así se mete a cada rato con Rusia, Francia, Yanquilandia, España, la India. A Gandhi lo muestra «montado en un cebú de doble giba, con

el cráneo pelado hacia adelante». Se preocupa después de la seriedad del Kayser, de Napoleón y de Bolívar. De la risa de Churruca, Cervantes, Dante, Montalvo y Diógenes. Hay un capítulo, el cuarto que trata nada más que del dolor y de la risa, citando nombres de filósofos a granel. Hay que reconocer, no obstante, que desde la mitad este libro se hace un poco más novela; al menos hay más continuidad en el asunto, y mayor número de personajes le da interés. Pero entonces, desgraciadamente y cuán desgraciadamente el escritor agudiza su tropicalismo literario, que hasta ahora no era más que sintomático: esa enfermedad al parecer todavía endémica en las letras de América Central. Véanse párrafos como éstos:

«Pero—sin pretender un retruécano—esa desgracia fué la que diademó mi frente con el nimbo de la sabiduría».

«Entonces, cuando llegue, he de verte, mojigato y despreciable, meneando el turípulo a mis plantas. Has de llorar, pero tus lágrimas no afectarán mi euforia de robustez.

Sólo entonces, daré a luz la maravilla de mi escatología, derramaré sobre tus hombros débiles la lluvia generosa de mi cornucopia». (Pág. 105).

De este modo el señor Pareja y Diez-Canseco, al novelizar, sin darle interés, un caso vulgarísimo de los amores inconsecuentes de un estudiante y de la tenaz neurastenia de otro, fluctúa entre el más craso realismo y el tropicalismo agudo. Y como resultado de lo primero tiene excepciones de desesperante mal gusto.

to: «Almorzamos, como era natural, copiosamente en el primer restaurant que se nos presentó a las narices» (Pág. 45). «...cualquier ramplón pela-cebollas...» «Pues a movernos todos, más o menos acompasadamente, más o menos como ramereros de pueblo o mozos de cordel!» (Pág. 31). «Ninguna verdad tiene contenido. Todas son huecas, enormemente huecas, vacías y hediondas» (Pág. 42).

No es que creamos que en una novela sólo se deban decir lindezas. Es que, como ya dijimos, aquí casi no hay novela. A esta misma conclusión llegará todo el que se lance a través de estas páginas «río arriba» y cuando alcance al final desconcertante. Entonces prácticamente lamentará haberse visto obligado a leer muchas páginas de comentarios banales, de frases altisonantes, de elucubraciones indecisas, con muy breves chispazos de verdadera literatura: en fin, todo un fárrago de cosas que, de tener ingenio, fuera humorismo, al menos.—*Nefthalí Agrella*.

### POESIA

CIUDAD DE BRONCE, por *Fernando Binvignat*.

En la olorosa y bella tierra serense, este poeta delicado y romántico que es Fernando Binvignat vive su canción y su vida. Su noble oficio de maestro, cumplido con amor fervoroso, le va ganando almas, mientras el encaje de su estrofa pone una inquietud en el sosiego provinciano.

Esta *Ciudad de Bronce* (1), tan

(1) Cuadernos de poesía. — Empresa Letras. Santiago, 1932.

íntima a pesar de su título resonante, es ya la obra madura de un poeta que domina la forma y sabe lo que canta. Y aunque ha visto el desenvolvimiento de las escuelas de vanguardia, sólo ha tomado de ellas el vuelo de la imagen sugerente. Su temperamento le ha puesto a salvo en esta pretendida y fracasada revolución poética.

En *Las torres de mi ciudad* logra Fernando Binvignat tal sencillez artística, unida a una tan fuerte y emocionada evocación, que el poema es sencillamente maestro.

Torre de San Agustín,  
tus viejas campanas  
repican en gris.

Tu campana grande va surcando el  
[día.  
¡Oh claro recuerdo de Booz  
y de Ruth moabita!

Torre de los Misioneros,  
tu campana es  
un anillo de oro en el viento.

Un anillo de oro en el viento:  
la corona de un salmo  
o la guirnalda del evangelio.

La opaca vida colonial de Chile, sin otras sorpresas que los cuartelazos periódicos y vergonzosos de los últimos años, ha tenido en los seis meses que acaban de irse dos grandes revelaciones literarias: *Ausencia*, de Torres Rioseco, y esta *Ciudad de Bronce* que sólo hemos podido comentar a la ligera.

FUEGO A BORDO, por *José María Souwiron*.

Anclado en Chile desde hace algún tiempo, el escritor español de